

primeros inspiraban contribuyó muy poderosamente á empeorar su suerte. No se les permitió, como en un principio se había pensado, viajar por el extranjero, y se procuraba tener secreto el lugar á donde se habían retirado, sin que á pesar de todo esto se viera la emperatriz libre de todo temor de una lucha civil en pro de la familia destronada. Sin embargo había un medio muy fácil de hacer inofensivos á los pretendientes que residían en Holstein, y era reconocer sus pretensiones y poner término al papel de pretendientes que venían desempeñando. El sobrino de Isabel, al subir esta al trono, contaba catorce años: una de las primeras cosas que hubiera debido hacer Isabel al tomar posesión del gobierno, era sacar á su sobrino de su residencia de Holstein, y después de hacerle ingresar en la Iglesia griega nombrarle sucesor suyo.

Uno de los rasgos que demuestran la debilidad y la vacilación en las decisiones de los gobernantes de aquel tiempo, decisiones que ni tenían por objeto los intereses generales ni procedían de consideraciones verdaderamente políticas, sino de razones puramente personales, es que la resolución de la cuestión de sucesión al trono fué tratada, al comenzar el reinado de Isabel, por algunos pocos consejeros y dilucidada en forma de sorpresa por el supremo funcionario del imperio, por el ministro director. El embajador sajón, Pezold, que escribe con bastante exactitud aquellos sucesos, pretende saber que el temor que le inspiraba la familia de Brunswick indujo á la Czarina á proceder de un modo tan funesto para ella (1). Las circunstancias de que en todas partes se hablara mal de la Czarina y de que un lacayo de cámara, Turschaninoff, en unión de dos oficiales prepararan un atentado contra su vida y la de Pedro de Holstein para entronizar de nuevo á Ivan Antonowitz (2), fortalecieron en el ánimo de Isabel la intención de ganar prestigio y fuerza resolviendo la cuestión de sucesión al trono. Todo el mundo opinaba que el gobierno de Isabel no sería de larga duración: era, pues, preciso combatir esta creencia y los rumores que circulaban por medio de disposiciones enérgicas. Así como la opinión pública había sido sorprendida con la noticia de la repentina llegada á San Petersburgo del joven duque de Holstein, preparada en secreto (3), del mismo modo su nombramiento de sucesor al trono, tenido por hecho consumado, debía ser una prueba de la consolidación de la situación de Rusia.

(1) Véase el despacho de Pezold al rey, 15 de diciembre de 1742 en la Ilustración de la Sociedad histórica. VII. 463.
(2) Solowieff, *Historia de Rusia*. XXI. 199-200.
(3) *Biografía de Pedro III*, Tübingen 1808. I, 29.

Pero el peligro que de parte de Brunswick amenazaba quedaba en pie. Federico II aconsejó á la Czarina Isabel, en agosto de 1743, que para su propia seguridad separase á los miembros de la infeliz familia que á la sazón residían en Dünaburgo, encerrando á la regente en un convento y enviando al hijo de esta á Siberia y al duque á Alemania (4). El rey hacía depender el buen éxito de las negociaciones entabladas para el casamiento de Pedro de Holstein del consejo que él había dado respecto de la familia de los Brunswick (5).

Lo que el duque de Holstein significaba para el trono de Isabel se comprenderá al estudiar los acontecimientos que sucedieron después. Cuando este príncipe enfermó gravemente en diciembre de 1743, la Czarina pasó grandes cuidados, llegando á llorar cuando se encontraba á solas con sus dos principales consejeros Lestocq y Brümmer, porque consideraba peligrosísima para ella la muerte del sucesor al trono. En tal apuro concibióse el plan de enviar á la infeliz familia de Brunswick á Prusia y de confiar al rey prusiano la educación del príncipe Ivan, obligándose á elevarle al trono de Rusia, cuando muriera la Czarina (6). El príncipe se restableció y esto hizo suspender la realización de tan aventurados planes, pero su mera existencia basta para demostrar los apuros en que se veía y había de verse en lo sucesivo el gobierno de Isabel.

La llamada conjuración de Botta dió á comprender también que la Czarina no gozaba de popularidad alguna y que no faltaban partidarios á la destronada familia de Brunswick. En muchos puntos se oía decir que, en breve, estallaría una revolución en Rusia, llegando hasta á tratarse de atentar nuevamente á la vida de Isabel. El suplicio de un gran número de presos puso de manifiesto que se habían hecho manifestaciones amenazadoras de distinta clase (7).

En tan crítica situación, tratóse del casamiento del príncipe Pedro: la Czarina no pensaba en casarse para fundar una dinastía, pero siendo considerado el príncipe sucesor al trono como el firme apoyo de este, hubo de pensarse en buscarle una esposa, pues si el sucesor á la corona tenía á su vez un sucesor podía esperarse un tranquilo porvenir.

Con este objeto fué á Rusia la princesa Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbs. ¿Quién podía entonces esperar (1744) que esta princesa había de ser después, con el nombre de Catalina, la sucesora del sucesor al trono?

(4) Droysen, *Historia de la política de Prusia*. V, 2, 152.
(5) Idem, 153.
(6) Idem, 180.
(7) Véase en Droysen (Pr. Pol. V, 2, 191) el despacho de Mardefeld que da algunos pormenores sobre esto.

LIBRO PRIMERO

EL CAMINO DEL TRONO

CAPITULO PRIMERO

INFANCIA. DESPOSORIOS

Educación.—Primera permanencia en Rusia.—Juventud de Pedro.—Conversion de Catalina.—Oposición entre los dos novios.—Acontecimientos de familia

Con placer recordaba la que posteriormente fué emperatriz Catalina la época de la modesta condición en que como princesa Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst, había vivido en Stettin, al lado de su padre el duque de aquel país, donde nació en 21 de abril, según la antigua cronología, y en 1.º de mayo de 1729, según la nueva (1).

Así se dice en las Memorias que la emperatriz escribía en francés dedicándolas á su amiga la condesa Bruce, y en las cuales se encontraba una relación de los años de su infancia pasados en Stettin. Estas Memorias (2) se han perdido, y las que de la emperatriz ha publicado Hergen y de cuya autenticidad no podemos dudar, no contienen dato alguno acerca del período de su residencia en Stettin.

Cuando, en 1776, Catalina oyó decir que su amigo, el barón Grimm, proyectaba un viaje á Stettin, le escribió en los siguientes términos: «¿Qué queréis hacer allí? No encontraréis á nadie, á no ser quizás, al señor Laurencio, anciano caduco, que tenía poca importancia cuando yo era aun joven. Si á pesar de esto, persistís en vuestro propósito, sabed que nació en Marienkirchhof, en la casa de Greifenheim (3); que he vivido y he sido criada en el ala izquierda del castillo; que tenía una habitación con triple bóveda junto á la iglesia y que el campanario se alzaba sobre mi dormitorio. Allí me instruyó la señorita Cardel y me examinó el señor Wagner. Dos ó tres veces al día salía de allí y saltando alegre-

mente me dirigía á las habitaciones de mi madre que vivía al otro extremo del palacio. Todo esto no ofrece interés alguno, á no ser que creáis que el local ejerce cierta influencia en la producción de emperatrices regulares. En este caso debéis recomendar al rey de Prusia que ponga allí un criadero proporcionado de árboles de esta clase.» Algunas semanas después amplió esta última broma añadiendo que deberían ir algunas caravanas de diplomáticos á manera de pescadores de ballenas ó de arenques al vivero de emperatrices de Stettin: y otras por el estilo (4).

Catalina habla de la Cardel como de una excelente maestra, dotada de gran talento y prudencia: dice que poseía perfectamente la historia de la literatura y, como su discípula, lo sabía todo sin haber aprendido casi nada; y que la educanda había hecho, por su mala cabeza y su confusión de ideas, difícil la tarea de su profesora. Catalina hace notar también que la Cardel la había aconsejado la lectura de las obras de Molière; llamaba á Wagner calmoso pedante; calificaba de imbécil al profesor de caligrafía Laurencio, y del profesor de música Roellig decía en son de burla que aun no había obtenido su primer triunfo (5). En 1776, se acordó de cierta condesa Wachtmeister que veintidos años antes la había reñido por no llevar el pelo bastante bien peinado (6).

La madre de Catalina, la princesa Juana Isabel, que, al nacer su hija, solo contaba 17 años, no era á propósito para cuidar debidamente de su educación á causa de su carácter superficial y apasionado, y solo la veía, como hemos dicho, dos ó tres veces al día. El diplomático sueco, conde Gyllenborg, que poco antes de su viaje á Rusia conoció en Hamburgo á la joven princesa y apreció sus grandes cualidades, criticó á la madre porque cuidaba tan poco ó casi nada de su hija (7).

La joven princesa viajaba á menudo: en 1739 se encontraba en Eutin, donde el obispo príncipe de Lubeck, Adolfo Federico, tío y maestro del joven duque Pedro de Holstein,

(1) Masson en sus *Memorias secretas de Rusia* I, 175, sostiene que Catalina nació en 1727, pero lo cierto es que se supuso que tenía dos años menos para que su edad fuese mas proporcionada á la de Pedro. El casamiento de su padre el príncipe Cristiano Augusto de Anhalt Zerbst con Juana Isabel de Schleswig Holstein no se verificó hasta 8 de noviembre de 1727. Acerca de las probables relaciones íntimas del príncipe heredero de Prusia con la madre de Catalina, véase Lugenheim *Influencia de Rusia en los sucesos de Alemania y sus relaciones con esta*, Francfort, 1859, I, 322-324. Acerca de Bezkiij véanse la obra de Masson, III, 2, 171, y la Ilustración rusa *El siglo diez y ocho*, Moscou 1869, I, 10, 20, 23, y además las Memorias de Gretschs en la crónica rusa *El archivo ruso*, 1873, página 335.

(2) El conde D. N. Bludow, presidente del Consejo del imperio en tiempo del emperador Nicolás, cuenta que descubrió y leyó estas Memorias, examinando el archivo de palacio. También refiere algunos detalles de escaso interés acerca del nacimiento de Catalina: así lo dice el coleccionador de los datos sobre la juventud de Catalina en el *Siglo diez y ocho*, I, 8.

(3) Acerca de la casa en donde nació Catalina véase la *Colección de medallas de Stettin* descrita por Pitzschky en el periódico *Estudios bálticos*, 32, año 3.º y 4.º Heft Stettin 1882, página 338.

CATALINA II

(4) Véanse las cartas de Catalina á Grimm, publicadas por J. Grot en el tomo XXIII de la «Ilustración de sucesos históricos de San Petersburgo», pág. 51 y 55.

(5) Carta al conde Grimm en la «Ilustración de sucesos históricos de San Petersburgo» XXIII, 12, 18, 20, 50, 68, 78, 88.

(6) Carta á la señora Bjelke «Ilustración de sucesos históricos» X, 106.

(7) *Memorias de Catalina*, Hannover, 1859, pág. 26.